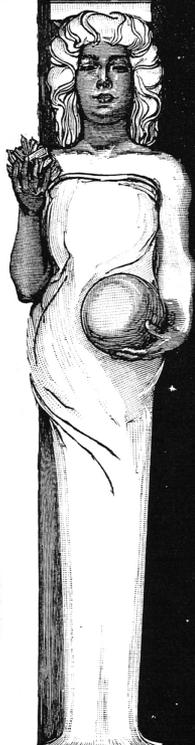


ÉLISÉE RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

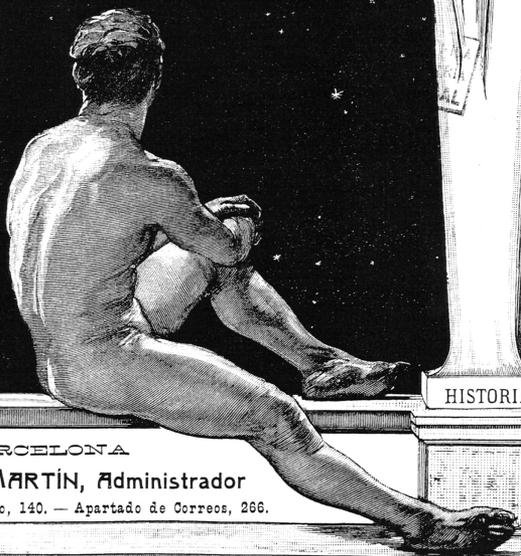
Fragmentos para el estudio
del pensamiento anarquista



GEOGRAFÍA



HISTORIA



BARCELONA

ALBERTO MARTÍN, Administrador
Calle Consejo de Ciento, 140. — Apartado de Correos, 266.

DELOCHE SC

Jornada de estudios libertarios
7 de octubre de 2011
Viña del Mar, Chile

Jornada de estudios libertarios

El Hombre y la Tierra

*Reflexiones ácratas en torno a la filosofía,
la ciencia y la geografía*

Viernes 7 de octubre de 2011, Viña del Mar

“*El ser humano es la naturaleza formando conciencia de sí misma*”. De esta forma comienza uno de los textos más importantes del anarquismo, “*EL HOMBRE Y LA TIERRA*”, escrita por el ninguneado científico, perseguido y expulsado revolucionario Eliseo Reclus, el último de los más grandes geógrafos de los siglos XIX y XX. Reclus, autor de cientos de miles de páginas científicas sobre geografía física, urbana, ciencias terrestres, antropología y de lo que hoy podríamos denominar ecología, es también quien propuso una de las más claras y profundas definiciones de lo que entendemos por Anarquía, al señalar que ésta es “*la máxima expresión del orden*”.

Desde esta perspectiva, las ciencias naturales han constituido un área central para el pensamiento libertario. El desarrollo técnico que ha alcanzado la sociedad, nos hace preguntarnos por aquellos métodos sobre los cuales la tecnología actual se multiplica y ejerce su fuerza. Adentrarse, por lo tanto, en el pensamiento científico anarquista no sólo constituye un reto intelectual a inicios del siglo XXI, sino también

uno de tipo organizacional y práctico en la medida que nos preguntamos ¿cómo rehabilitar, renovar, reconstituir, contemporaneizar, organizar, la ciencia anarquista? Desde los actuales problemas de organización industrial y de distribución a gran escala, de uso o protección del medio ambiente hasta las posibilidades de cooperación y colectivización en pequeño y mediano grado deben ser abordados cuanto antes desde miradas integradoras, que abarquen áreas tan diversas como la filosofía, la ciencia y los estudios espaciales para así provocar la discusión, formándonos ideas acerca del significado de la ciencia anarquista, llevándola a la práctica, colocando en discusión los conceptos de orden, vida, naturaleza y ciencia.

A un siglo de la edición de este notable libro, “*EL HOMBRE Y LA TIERRA*”, traducido y editado por la Escuela Moderna de Barcelona, nos pone en aviso en cuanto que el anarquismo es éticamente humano, natural y geográficamente posible.

- Grupo de Estudios
José Domingo Gómez Rojas

Elíseo Reclus

El Hombre

Versión española por
Anselmo Lorenzo para la
Escuela Moderna de Barcelona (1906)

y la Tierra

Bajo la revisión de
Odón de Buen

“EL HOMBRE ES LA NATURALEZA
FORMANDO CONCIENCIA DE SI MISMA”

PREFACIO

Hace algunos años, después de haber escrito las últimas líneas de una larga obra, *La Nueva Geografía Universal*, expresaba el deseo de poder estudiar un día al Hombre en la sucesión de las edades, como le había observado en las diversas regiones del Globo y establecer las conclusiones sociológicas a que había llegado. Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la Historia, donde se mostrase la concordancia de los Hombre y la Tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.

Este libro es el que presento actualmente al lector.

Sabía de antemano que ninguna investigación me haría descubrir esa ley de un progreso humano quimérico, cuyo espejismo se agita sin cesar en nuestro horizonte, y que huye de nosotros y se disipa para reaparecer modificada después. Aparecidos como un punto infinito en el espacio, no conociendo nada de nuestros orígenes ni de nuestros destinos, hasta ignoramos si pertenecemos a una especie animal única o si han nacido sucesivamente varias humanidades para extinguirse y resurgir aún, en vano formularíamos reglas de evolución removiendo la niebla incoercible con la esperanza de darle una forma precisa y definitiva.

No; pero en esa avenida de los siglos, que los hallazgos de los arqueólogos prolongan constantemente en lo que fue la noche del pasado, podemos al menos reconocer el lazo íntimo que reúne la sucesión de los hechos humanos y la acción de las fuerzas telúricas, y nos es permitido seguir en el tiempo cada periodo de la vida de los pueblos correspondiente al cambio de los medios, observar la acción combinada de la Naturaleza y del Hombre mismo reaccionando sobre la tierra que le ha formado. La emoción que se siente contemplando todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento, esa misma música de las cosas, se resiente viendo pasar los hombres cubiertos con sus vestidos de fortuna o de infortunio, pero todos en estado igual de vibración armónica con la tierra que les lleva y les nutre, el cielo que les ilumina y les asocia a las energías del cosmos. Y así como la superficie de la tierra nos presenta incesantemente bellos paisajes que admiramos con toda la potencia del ser, del mismo modo el curso de la historia nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas admirables de grandeza que nos ennoblece al conociéndolas y estudiándolas. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que puede evocar la imaginación.

En nuestra época de crisis aguda en que la sociedad se encuentra tan profundamente conmovida, en que el

remolino de evolución se vuelve tan rápido que el hombre, poseído de vértigo, busca un nuevo punto de apoyo para la dirección de su vida, el estudio de la historia es de un interés tanto más precioso, cuanto su dominio, incesantemente aumentado, ofrece una serie de ejemplos más ricos y más variados. La sucesión de las edades se convierte para nosotros en una gran escuela cuyas enseñanzas se clasifican ante nuestro espíritu, y hasta acaban por agruparse en leyes fundamentales.

La primera categoría de acontecimientos que observa y comprueba al historiador nos muestra como, por efecto de un desarrollo desigual en los individuos y en las sociedades, todas las colectividades humanas, a excepción de las hordas estancadas en el naturismo primitivo, se desdoblan por decirlo así en clases o en castas, no solamente diferentes, sino opuestas en intereses y en tendencias, hasta francamente enemigas en todos los periodos de crisis. Tal es, bajo mil formas, el conjunto de hechos que se observa en todas las comarcas del universo, con la infinita diversidad que determinan los lugares, los climas y la madeja cada vez más enredada de los acontecimientos.

El segundo hecho colectivo, consecuencia necesaria del desdoble de los cuerpos sociales, es que el equilibrio roto de individuo a individuo, de clase a clase, oscila constantemente sobre su eje de reposo: la violación de la justicia clama siempre venganza. De ahí, incesantes oscilaciones. Los que mandan tratan de permanecer los amos, mientras que los sojuzgados pugnan por reconquistar su libertad; después, arrastrados por la violencia de su impulso, intentan reconstituir el poder en su provecho. De ese modo, guerras civiles, complicadas con guerras extranjeras, con destrucciones y ruinas, se suceden en un enredo continuo con término diferente según el poder respectivo de los elementos en lucha: o bien los oprimidos se someten después de agotar sus fuerzas de resistencia; mueren lentamente y se extinguen; careciendo ya de la iniciativa que constituye la vida; o bien triunfa la reivindicación de los

hombres libres, y en el caos de los sucesos pueden discernirse, verdaderas revoluciones, es decir, cambios de régimen político, económico o social, debidos a la comprensión más clara de las condiciones del medio y a la energía de las iniciativas individuales.

Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda la evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades sólo es inestable por la dificultad impuesta a los individuos por su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega enseguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

La “lucha de clases”, la busca (sic) del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la *geografía social* y que, en el caso de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de “leyes”. Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la Tierra nos explica los acontecimientos de la historia, y ésta nos hace volver a su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande a la vez, con el inmenso universo.

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Los rasgos de la superficie planetaria indican el efecto de las asociaciones cósmicas a que ha estado sometido el Globo durante la serie de los tiempos.

Los continentes y las islas que surgieron de las profundidades del mar y el Océano mismo, con sus golfos, los lagos y los ríos, todas las individualidades geográficas de la Tierra en su variedad infinita de naturaleza, de fenómenos y de aspecto, llevan las marcas del trabajo incesante de las fuerzas que obran siempre para modificarlas. A su vez, cada una de esas formas terrestres ha llegado a ser, desde su aparición, y continúa siendo, en todo el curso de su existencia, la causa secundaria de los cambios que se producen en la vida de los seres nacidos de la Tierra. De este modo, una historia, infinita por la continuación de las vicisitudes, se ha

desarrollado de edad en edad bajo la influencia de los dos medios, celeste y terrestre, para todos los grupos de organismos, vegetales y animales que hacen germinar el mar y el suelo nutricio. Cuando, después del ciclo inmenso de otras especies, nació el hombre, su desarrollo se hallaba ya proyectado en el provenir por la forma y el relieve de las comarcas en que sus antepasados animales habían vivido.

Considerada desde elevado punto de vista, la Geografía, en sus relaciones con el hombre, no es más que la Historia en el espacio, del mismo modo que la Historia es la Geografía en el tiempo. ¿No ha dicho Herder, hablando de la Fisiología, que es la Anatomía en acción? ¿No puede también decirse que el Hombre es la Naturaleza formando conciencia de sí misma?

MEDIOS TELÚRICOS

Cada periodo de la vida de los pueblos corresponde al cambio de los medios.

Ciertamente, es indispensable estudiar aparte y de un manera detallada la acción especial de tal o cual elemento del medio, frío o calor, montaña o llanura, estepa selva, río o mar, sobre tal población determinada, pero mediante el esfuerzo de abstracción pura nos ingeniaremos en presentar este rasgo particular del medio como si existiera de una manera clara y tratamos de aislarlo de todos los demás para estudiar la influencia esencial.

Aun allí donde dicha influencia se manifiesta de un modo absolutamente preponderante en los destinos materiales y morales de una sociedad humana, ella no deja de entremezclarse a un sinnúmero de otros incentivos, concomitantes o contrarios en sus efectos. El medio es siempre infinitamente complejo y el hombre, por consiguiente, se ve solicitado por millares de fuerzas diversas que se mueven en todos sentidos, formando,

agregando las unas con las otras, éstas directamente, aquéllas según ángulos más o menos oblicuos, o contrariando mutuamente su acción.

De modo que la vida del isleño no está solamente determinada por la inmensidad de las olas que lo rodean; hay que tener en cuenta el grado de latitud bajo el cual pasa su existencia, de la marcha anual del Sol que lo ilumina, de las oscilaciones de la temperatura, de la dirección y del ritmo de los vientos, de la acción, menos conocida pero no menos real, de las corrientes magnéticas, con todos sus fenómenos de declinación, de inclinación y densidad; importa igualmente comprobar, en derredor del grupo social que se estudia, la estructura de las rocas, la consistencia, el color del suelo, el aspecto y la variedad de plantas y animales, el conjunto de los paisajes que lo rodean, en una palabra todo lo que en la naturaleza

exterior pueda actuar sobre los sentidos. Cada uno de nosotros es en realidad un resumen de todo lo que ha visto, oído, vivido, de todo lo que haya podido asimilar mediante las sensaciones.

Además, ese medio primitivo, constituido por el ambiente de las cosas, no es sino un débil parte del conjunto de las influencias a las cuales el hombre está sometido. Las necesidades de la existencia determinan un modo de alimentación que varía según las regiones; asimismo, la desnudez o el vestido, el campamento al aire libre o las diversas habitaciones, grutas o techos de hojas, cabañas o casas, actúan y reaccionan sobre la manera de sentir y de pensar, creando así, en gran parte, lo que llamamos “civilización”, estado que de un momento a otro cambia, de adquisiciones nuevas, mezcladas con supervivencias más o menos tenaces. Además, el género de vida, combinado con el medio, se complica con enfermedades numerosas, contagios súbitos que cambian según el país y las latitudes y se propagan al infinito en el conjunto de fuerzas que determinan a la humanidad.

Al medio-espacio, caracterizado por los miles de fenómenos exteriores hay que agregar el medio-tiempo, con sus transformaciones incesantes, sus repercusiones sin fin. Si la historia comienza primero por ser “toda geografía”, como dice Michelet, la geografía se vuelve gradualmente “historia” por la reacción continua del hombre sobre el hombre. Cada individuo nuevo que se presenta, con actuaciones que asombran, con una inteligencia innovadora, con pensamientos contrarios a la tradición se convierte en un héroe creador o en un mártir, pero feliz o desdichado, actúa y el mundo se encuentra cambiando. La humanidad se forma y se reforma con sus alternativas de progresos, de retrocesos y de estados mixtos, de las que cada una contribuye de diversa manera a estructurar, amasar y volver a amasar a la raza humana.

¿De qué manera enumerar todos

estos hechos cuya acción se continúa con las sociedades y las renueva constantemente? Las migraciones, los cruces, las vecindades de pueblos, el ir y venir del comercio, las revoluciones políticas, las transformaciones de la familia, de la propiedad, de las religiones, de la moral, el acrecentamiento o la disminución del saber, en otros tantos hechos que modifican el ambiente y al mismo tiempo influyen sobre la parte de la humanidad inmersa en el medio nuevo. Pero nada se pierde; las causas antiguas aunque atenuadas, actúan todavía secundariamente y el buscador puede encontrarlas en las corrientes escondidas del movimiento contemporáneo, lo mismo que el agua, desaparecida del lecho primitivo de la superficie, se encuentra en las galerías de las cavernas profundas. Así pues ha podido decirse con toda verdad que “los muertos gobiernan a los vivos”. “El muerto agarra al vivo”. Según un proverbio cafre, del que los blancos pueden sacar provecho lo mismo que los negros, “el hecho es hijo de otro hecho y no hay que olvidar jamás la genealogía”.

Así pues el medio general se descompone en elementos innumerables; los unos perteneciendo a la naturaleza exterior y que se designa frecuentemente como el “medio” por excelencia, el ambiente propiamente dicho, los otros de orden diferente puesto que provienen de la marcha misma de las sociedades y se produjeron sucesivamente, acrecentándose al infinito –por multiplicación– la complejidad de los fenómenos activos.

Este segundo medio dinámico, agregado al medio estático primitivo, constituye un conjunto de influencias dentro de cual es siempre difícil, a menudo imposible, reconocer las fuerzas preponderantes, tanto más que la importancia respectivas de esas fuerzas primeras o segundas, puramente geográficas o ya históricas, varía según los pueblos o los siglos. Aquí, son los fríos intensos que causan la despoblación de una región, la muerte de la raza o que, obligando a los hombres a ingeniarse para

acomodarse a un medio demasiado duro, contribuyen indirectamente al progreso; en otra parte, el mar o el río es el agente principal de la civilización; en otro lado también es el contacto súbito con los pueblos extranjeros, de cultura diferente, que fue la causa determinante de la marcha hacia adelante.

El cruce de un pueblo ya adelantado en la ciencia o en las artes con elementos de otra procedencia y de cultura inferior es, necesariamente, el punto de partida de un nuevo empuje progresivo o regresivo; esto fue visto respecto a Roma bajo la influencia de los griegos y de una manera general para todas las tribus del mundo bárbaro que visitan los civilizados.

Sea lo que fuere, las adaptaciones diversas de los pueblos, siempre complicadas con luchas y combates, no deben, sin embargo ser consideradas como el resultado de la guerra contra la naturaleza o contra los hombres. Casi siempre en perfecta ignorancia del verdadero sentido de la vida, hablamos con agrado del progreso como si éste fuera debido a la conquista violenta; sin duda la fuerza del músculo acompaña siempre a la fuerza de voluntad, pero no puede sustituirse a ella. En lenguaje ordinario empleamos las palabras de “lucha”, de “victoria”, de “triumfo” como si fuere posible utilizar otra vida que no sea la de la naturaleza para llegar a modificar las formas exteriores; hay que saber acomodarse a sus fenómenos, aliarse íntimamente a sus energías y asociarse a un creciente número de compañeros que la comprendan para hacer obra duradera.

Pero todas las fuerzas citadas varían de lugar en lugar y de edad en edad; es pues, en vano, que ciertos geógrafos hayan tratado de clasificar, dentro de un orden definitivo, la serie de elementos del medio que influyen sobre el desarrollo de un pueblo; los fenómenos múltiples entrecruzados de la vida no se dejan numerar en un orden metódico. De por sí la obra es ya bastante difícil y no tiene sino un valor de convención y de

apreciación personal cuando se trata de un individuo solamente. Sin duda, éste debe tratar de “encontrarse a sí mismo” tal como se lo enseñaron y repitieron los filósofos, pero para conocerse a sí mismo necesita también conocer las influencias externas que lo estructuraron, estudiar la historia de sus ascendientes, escrutar en detalle los medios anteriores de su raza, adivinarse al estado subconsciente, rememorarse las palabras o las acciones decisivas que lo llevaron a escoger, como Hércules, entre los dos o mejor dicho los mil caminos de la vida. ¡Y cuánto mayores son las dificultades de estudio, cuando el pensamiento abarca vastas comunidades, naciones enteras, que hasta han cambiado de nombre, de amos, de fronteras y de dominios durante el curso del tiempo [P. Mougelle, *Statique des civilisations.*] y equivocándose, absolutamente, acerca del origen de sus abuelos!

De modo que los historiadores, aun los investigadores como Taine, tan notorio por su penetrante sagacidad, se atienen ordinariamente a describir los medios y las edades inmediatamente cercanas para interpretar los hechos y los caracteres, método parcialmente bueno para dar ideas generales y medianas, pero muy peligrosa cuando se estudia los genios originales, es decir, precisamente aquellos cuyo carácter, determinado por elementos ajenos al de su medio común y corriente, reacciona contra su ambiente. Tan difíciles son los problemas de la historia relativos a la sucesión de los medios que por lo regular se les aparta sumariamente, arguyendo una pretendida diferencia esencial de lo que llamamos las “razas”. Después de haber buscado comprender las influencias inmediatas actuando de manera evidente, abandonamos tranquilamente todos los demás rasgos del carácter nacional por cuenta de la raza presumida. Pero ¿qué es la raza en sí, con todas sus características de estatura, proporciones, rasgos, de amplitud cerebral, qué es, sino el producto de los medios anteriores multiplicándose al infinito, durante todo el periodo que transcurrió desde la aparición de las capas iniciales del género humano? [Friedrich

Ratzel, *Völkerkunde*, t. II, p. 5.]. Lo que llamamos “heredad de los caracteres adquiridos” [Matteuzi, *Les facteurs de l'évolution des peuples*, p. 19.] no es otra cosa que esa acción sucesiva de los ambientes. La raza está determinada como el individuo, pero emplea el tiempo necesario.

La historia de la humanidad, en su conjunto y en sus partes, no se puede pues explicar sino por la añadidura de los medios con “intereses compuestos” durante la sucesión de los siglos; pero para comprender como es debido la evolución que se ha cumplido, hay que apreciar también en qué medida los medios mismos han evolucionado, por el hecho de la transformación general, y modificado su acción en consecuencia. Así pues tal montaña que antaño extendía largos glaciares en las llanuras y a la cual nadie trepaba por las formidables pendientes, ha dejado de detener el movimiento de las naciones cuando amplios pasos, apenas obstruidos por las nieves, o quizás completamente despejados, abrieron un camino entre las cimas y fue atravesada por las vías subterráneas, recorridas por los vehículos llenos de holgazanes y dormilones. Asimismo, tal río, que pudo ser un poderoso obstáculo para débiles tribus poco aptas para la navegación, se convirtió más tarde en la gran arteria de vida para los bateleros de sus riberas.

A orilla del océano, tal “Final de la Tierra”, como el promontorio de Sagres,

DIVISIONES Y RITMOS DE LA HISTORIA

*Cada estremecimiento terrestre
corresponde a un vaivén de los cielos.*

· El desarrollo del tiempo

Las generaciones se siguen de manera continua, cada minuto llevándose las células desgastadas, cada minuto trayendo células nuevas, individuos naciendo a la vida para reemplazar a los muertos. Los movimientos de evolución se producen pues de una manera insensible, pero cuando se les estudia con intervalos de años, de decenios, de siglos, se advierten contrastes, se distinguen fisonomías

se transforma en un punto de partida para el descubrimiento de continentes desconocidos. El llano constituye, para el movimiento de la civilización, un mundo del todo diferente cuando está cubierto de árboles, cuando en él ya crecen las hierbas silvestres o las cosechas, cuando las rutas se entrecruzan y se construyen, allí, las habitaciones humanas.

Hay también rasgos de la naturaleza que, sin haber cambiado en nada, no dejan de ejercer una acción muy distinta por efecto de la historia general que modifica el valor relativo de todas las cosas. Así pues la forma de Grecia permaneció igual, salvo en algunos detalles, provenientes de las erosiones y de los aportes. Pero esos mismos contornos y esos mismo relieves en qué forma tuvieron significados diferentes cuando el movimiento de la civilización se dirigía hacia Grecia viniendo de Chipre, de Fenicia, de Egipto o, posteriormente, ¿cuando el centro de gravedad de la historia se desplazó rumbo a Roma! Un contraste de acontecimientos se produjo entonces, comparable al contraste de la luz que se vierte al amanecer sobre una vertiente de montaña y la sombra que le invade en el crepúsculo. Y la vecindad de una capital, de un puerto, de una mina, de un banco de hulla, ¿acaso no hacen surgir la vida de la naturaleza triste, inerte en apariencia? El desarrollo mismo de las naciones implica esta transformación del medio: el tiempo modifica incesantemente el espacio.

diferentes en el conjunto de los individuos y sus ideas; la sociedad no sigue ya la misma dirección, tiene otros aspectos, una orientación nueva. Las generaciones se distinguen, la una de la otra “como los nudos de la gramínea”. Dentro del árbol que corta la sierra podemos ver los brotes anuales de la vegetación; asimismo, los siglos transcurridos muestran los impulsos sucesivos, los avances lentos o súbitos y después los retardos y los paros aparentes.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

El hecho de trazar una frontera política sobre la cresta de los Alpes ha bastado prácticamente para dar mayor altura a esa montaña.

• Población de la tierra

El espacio que se agranda y la más sabia organización de los recursos permite a la población acrecentarse indefinidamente de año en año, de década en década y cada nueva evaluación hecha por los etnógrafos desde el comienzo del siglo XIX prueba que hay un aumento notable. Y sin embargo, inútiles exterminaciones han tenido lugar ¡como si al hombre el lugar le hiciera falta! Es cierto que en la serie de tribus eliminadas se cuentan varias que no han sido suprimidas voluntariamente y que murieron simplemente como resultado de su impotencia de adaptarse al medio nuevo. Los europeos van siempre acompañados de un cortejo de enfermedades, terribles “guardias de corps” que utilizan a veces inconscientemente para dejar limpia la plaza ante ellos.

* * *

Con diversas estadísticas se ha intentado evaluar la cantidad de hombres que podría albergar nuestro globo terrestre. Esta cifra depende en primer lugar del género de vida que se suponga al habitante medio, pues una población cazadora de unos 500 millones puede sentirse en estrechez sobre este globo donde viven actualmente tres veces más de hombres. Por otra parte, si buscamos basarnos en la alimentación media del europeo ¡cuántos puntos sujetos a controversia levanta semejante estudio! La productividad de los diferentes suelos depende de factores todavía tan poco conocidos, la “ración necesaria” cambia todavía de tal manera, según los autores especialistas, que no hay que asombrarse de la diversidad de los resultados. Woyeik ha calculado que una población de 16 mil millones de hombres, en la sola faja ecuatorial comprendida entre el paralelo 15 norte y el 15 sur, no tendría

nada que no fuera normal. En las regiones tropicales productivas de plátano y otras plantas con rendimiento nutricional considerable, una superficie de 15 m² basta, nos dice Humboldt, para producir regularmente el alimento de un hombre. Es decir que utilizando, en la cuencas del Ganges y de los demás ríos de la India, en la vertiente oriental de la planicie mexicana, en el Yungas de Bolivia y los valles fluviales de Colombia, del Brasil, en las costas de América Central, las tierras con fecundidad poderosa, podrían encontrarse territorios diez a veinte veces mayores que los 22.500 km² necesarios para asegurar la subsistencia de la humanidad entera que, proporcionalmente, podría llegar sin peligro a quince, veinte, treinta mil millones de individuos.

• El Progreso

La palabra “civilización” que se emplea de ordinario para indicar el estado progresivo de tal o cual nación es, como el término “progreso”, una de esas expresiones vagas cuyos diversos sentidos se confunden. Para la mayoría de los individuos expresa tan sólo el refinamiento de las costumbres y, sobre todo, los hábitos externos de cortesía, lo que no impide que hombres de áspera apariencia y bruscas maneras puedan tener una moral muy superior a la de gentes de Corte que dan forma a elegantes madrigales. Otros no ven en la civilización sino el conjunto de todas las mejorías materiales debidas a la ciencia, a la industria moderna: ferrocarriles, telescopios y microscopios, telégrafos y teléfonos, dirigibles y máquinas volantes y otros inventos les parecen ser testimonios suficientes del progreso colectivo de la sociedad; no quieren saber nada más ni penetrar en las profundidades del inmenso organismo social. Pero aquellos que lo estudian desde sus orígenes, comprueban que cada nación

“civilizada” se compone de clases superpuestas que representan en este siglo a todos los siglos anteriores con sus correspondientes culturas intelectuales y morales. La sociedad actual contiene en

ella todas las sociedades anteriores en estado supervivencia y, mediante el efecto del contacto inmediato, las situaciones extremas presentan una separación impresionante. ◆

ANEXO

Fragmentos de “Mi amigo el campesino”

Es cierto que si todos los campesinos de un mismo distrito hubieran comprendido lo que la unión puede acrecentar sus fuerzas contra la opresión, no hubieran echado en olvido las comunidades de los tiempos primitivos, los “grupos de amigos”, como se denomina en Servia y otros países eslavos. La propiedad colectiva de esas asociaciones no está dividida en cercos, murallas ni zanjas. Los compañeros no se disputan por saber si una espiga ha crecido dentro o fuera de un surco; de cualquier modo saben que es para ellos. Nada de notarios y abogados para arreglar los intereses entre amigos. Después de la recolección, antes de la época de las nuevas labores, se reúnen para discutir los negocios comunes. El joven que se ha casado, la familia en que ha nacido un hijo o aquella en la que ha entrado un huésped, exponen su nueva situación y toman mayor parte del haber común para satisfacer sus mayores necesidades. Estrechan o ensanchan la distancia según la extensión del suelo y el número de los miembros, y cada cual trabaja en su campo satisfecha de vivir en paz con los hermanos que trabajan a su lado, con arreglo a las necesidades de todos. En circunstancias semejantes, los compañeros se ayudan mutuamente: si un incendio ha devorado una cabaña, todos se ocupan de reconstruirla; si una avenida [inundación] ha destruido un campo, todos se interesan en beneficiar al amigo lesionado. Uno sólo apacenta los rebaños de la comunidad; por las tardes las ovejas y las vacas saben seguir el camino que les conduce a su corral, sin que nadie las empuje. La riqueza es a la vez propiedad de todos y de cada uno.

Pero la comunidad, lo mismo que

el individuo, es bien débil si vive en el aislamiento. ¡Si no tiene bastante tierra para el conjunto de participantes, todos deben sufrir hambre! Casi siempre vive en lucha con un señor más rico que ella, aspirando a la posesión de este o el otro campo, de un bosque o un prado perteneciente a la comunidad y que resiste cuanto puede. Si el señor fuera solo, pronto abatiría su orgullo de insolente personaje, pero como nunca está solo, tiene de su parte al gobernador de la provincia, al jefe de la policía, los sacerdotes y magistrados, el gobierno entero con sus leyes y su ejército. Si tiene necesidad, puede disponer del cañón para ametrallar a los que fecundan el suelo que él anhela. Por eso la comunidad, aunque tenga de su parte la razón, cuando litiga con el señor puede estar segura de que para nada le sirve. Y es inútil gritarle, como el contribuyente aislado: “¡No cedas!” no tiene más remedio que ceder, víctima de su aislamiento y debilidad.

Sí, vosotros sois muy débiles; los pequeños propietarios desunidos o no asociados en comunidades no podéis luchar contra los que quieren esclavizaros, contra los acaparadores que ambicionan vuestro campo y contra el gobierno que os roba los productos del trabajo haciéndoos pagar impuestos aplastantes. Si no sabéis uniros, no sólo de individuo a individuo, sino de comunidad a comunidad y de país a país, formando una gran internacional de trabajadores, pronto vuestra suerte será igual a la de millones de hombres despojados de todo derecho a sembrar y recoger y que, desposeídos de su campo, han entrado en el ejército de los esclavos asalariados, viviendo de lo que le da en forma de limosna, cuando le viene bien

darle trabajo. Esos jornaleros son desgraciados hermanos nuestros que han sido despojados de la tierra como tal vez seáis vosotros mismos mañana. ¿Hay acaso gran diferencia entre su suerte y la que os está reservada? La amenaza os alcanza ya; vuestro estado actual no es más que una prórroga que se os concede. ¡Unfos en vuestras desgracias y peligros! ¡Defended lo que os queda y conquistad lo que os habéis perdido! De lo contrario será horrible vuestra suerte futura, porque vivimos en una sociedad de ciencia y de método, y nuestros gobernantes, secundados por un ejército de químicos y de profesores, os preparan una organización social en la cual todo será reglamentado como en una fábrica donde la máquina lo dirigirá todo, y hasta los hombres no serán más que simples ruedas que se cambiarán como hierro viejo cuando intenten razonar y querer.

(...) ¿Y a qué queda reducido el obrero, el campesino, en ese mundo tan bien organizado? Máquinas, caballos y hombres se utilizan del mismo modo; son cosas iguales, evaluadas en cifras, que es preciso emplear en beneficio del amo. Las cuadras están dispuestas en forma que al salir de ellas, los animales empiezan ya el surco de varios kilómetros de largo: cada uno de sus pasos está calculado y se sabe lo que le producen al señor. Lo mismo están calculados todos los movimientos del obrero desde la salida del dormitorio común. Allí nada de mujeres ni de niños que vengan a alterar su tarea con una caricia o un beso. Los trabajadores están agrupados por escuadras, con sargentos, capitanes y el inevitable soplón. El deber es hacer metódicamente el trabajo ordenado, sin la menor discusión ni opinión en contra. Cuando una máquina se inutiliza la arrojan al montón de hierro viejo si no es posible repararla. Si un caballo cae y se rompe un miembro se le dispara un tiro en una oreja y lo arroja al sumidero. Si un hombre sucumbe de fatiga, si se le descompone una articulación o le invade la calentura, no le evitan la pena acabándole con un tiro, pero le desembarazan de él no obstante: le llevan a un lugar separado a que se muera sin molestar a los que están trabajando.

Al finalizar los grandes trabajos, cuando la naturaleza descansa, el director descansa también y licencia su ejército. Al

año siguiente hallará una cantidad suficiente de huesos y de músculos para formar el nuevo ejército, cuidándose mucho que no sean los mismo obreros del año precedente. Podrían hablar tal vez por experiencia, imaginarse que saben tanto como el amo, obedecer a disgusto y, hasta ¿quién sabe? Tomar amor a una tierra cultivada por ellos y figurarse que les pertenece.

Es cierto que si la felicidad de la humanidad consistiera en crear algunos millonarios que tesorizaran en provecho de sus pasiones y caprichos los productos acumulados por los trabajadores esclavos, esta explotación de la tierra por una chusma de bandidos sería el ideal anhelado. Los resultados de estas empresas son prodigiosos cuando la especulación no arruina lo que ella misma crea.

(...) He ahí, queridos amigos, el destino que os está reservado a vosotros los que amáis la tierra regada con vuestro sudor, a la que os sentís atraídos por una fuerza cuyo secreto os lo explica el desenvolvimiento del embrión vegetal, al romper la tierra misteriosamente con sus blanquecinos tallos.

Os arrebatarán el campo y la cosecha, os cogerán a vosotros mismos y os encirán a cualquier máquina, humeante y estridente, y ennegrecidos por el humo y el carbón, tendréis que balancear vuestros brazos sobre una palanca diez o doce mil veces por día, según los cálculos de vuestro tirano. A eso llamarán agricultura. Y nada de aventuras o hacer el amor cuando el corazón os haga sentir afectos hacia una mujer; no os volváis siquiera a mirar la joven que pasa: el capataz no consiente que se defraude trabajo al patrón. Si a este le conviene que os caséis para crear progenitura es que serás de su agrado; tendrás el alma de esclavo que él desea; serás bastante vil para que él autorice la perpetuación de una raza abyecta. El porvenir que os espera es el mismo que el del obrero y el niño de las fábricas.

Jamás la esclavitud antigua pudo tan metódicamente amasar y formar la materia humana hasta reducirla al estado de herramienta. ¿Qué queda de humano en ese ser pálido, descarnado y escrofuloso que no respirará nunca otra atmósfera que la del humo, grasas y polvo?◆

“Esto fue Reclus, a través de cuyas palabras todo marcha, camina, anda, como a despeñarse en una cascada y luego recomenzar en su circuito de las aguas; para quien nada de lo del Universo fue indiferente, de la humilde flor hasta el astro y hasta la vida oprimida del hombre, que él quiso LIBRE!”.

Teodoro Antilli.



Grupo de Estudios
José Domingo Gómez Rojas
Octubre de 2011



grupogomezrojas@gmail.com
<http://grupodeestudiosgomezrojas.wordpress.com>